Recogimiento (Poesía: 1940-2000)

Cuentos sin hadas

Otoños y otras luces

Julio Mariscal. El poeta y su obra

Del viento al infinito

Pablo García Baena *Recogimiento. (Poesía 1940-2000)*

Málaga,

Col. Ciudad del Paraíso, 2001.

Con anterioridad a la aparición de este volumen en la colección malagueña "Ciudad del Paraíso", en tres ocasiones había reunido Pablo García Baena su obra poética completa. La primera —en 1975 y también en Málaga, al cuidado de Bernabé Fernández Canivell, en las Ediciones del Ateneo— recogía sus seis primeros libros: *Rumor oculto, Mientras cantan los pájaros, Antiguo muchacho, Junio, Óleo y Almoneda*. Las dos siguientes —1982 y 1998— aparecen, con introducción de Luis Antonio de Villena, en la colección Visor. La de 1982 añade, junto a *Antes que el tiempo acabe*, cuatro poemas no recogidos en libros y otros de un poemario en preparación entonces. En la de 1998, junto a las obras anteriores, se incluyen *Gozos para la Navidad de Vicente Núñez y Fieles guirnaldas fugitivas*, los mismos cuatro poemas no recogidos en libros y otros de un nuevo título en curso. En cuanto a contenido, la novedad del volumen que ahora aparece en "Ciudad del Paraíso" está en no recoger los poemas de la nueva obra en preparación, pero sí un cuaderno, *Calendario*, que había sido editado por Rafael Inglada en 1992, así como el poema "Óleo" (1980), no recogido en libro, y el inédito "Arca de lágrimas" (1999).

Una novedad más presenta este volumen con respecto a recopilaciones anteriores: su título. Si en las tres ocasiones mencionadas se había optado por una titulación puramente designativa y de datación —*Poemas (1946-1961), Poesía completa (1940-1980), Poesía completa (1940-1997)*—, en esta ocasión, antes del subtítulo —*(Poesía, 1940-2000)*—, García Baena ha elegido un término, *Recogimiento*, que además de apuntar, obviamente, a la reunión de poemas, tiene que ver, como él mismo ha dicho, con la forma en que el propio poeta concibe su dedicación a la escritura. De manera que el título del libro se revela aquí como una especie de brevísima y eficaz poética.

Lo que Pablo García Baena ofrece en estos sesenta años de poesía es el fruto de una labor pausada e intensa, recogida e íntima: altísima poesía que aúna la verdad de lo hermoso y la autenticidad de una ética no traicionada. En alguna ocasión, se ha hablado de escapismo al tratar de los poetas de *Cántico*. Creo, por contra, que la poesía de Pablo es uno de las más claros ejemplos de compromiso serio con la verdad que un hombre asume como propia, sin permitir que modas de un momento desvíen la atención de lo que se estima como personalmente válido; de ahí la verdad que el lector percibe en la poesía de García Baena: un poeta que ha huido siempre de las prisas por *estar* y que, a la larga, ha terminado *estando* entre los poetas de primerísima fila de la segunda mitad del siglo XX.

Una muestra de ese *hacer* pausado —como corresponde a una escritura que se ejerce sólo cuando se siente como necesaria— está en los largos silencios. Después de la publicación de *Óleo* (1958), García Baena entra en uno de ellos. En un reciente

artículo, el poeta José Infante ha recordado cómo, trece años después, en 1971, un grupo de jóvenes malagueños (entre ellos el propio Infante) organizó un homenaje al poeta que, por entonces, ya vivía en Málaga. Ese año, hace ahora treinta, marca, sin duda alguna, el momento de la recuperación de una voz fundamental cuya influencia, y cuyo ejemplo, ha sido clara en parte de los poetas de las generaciones posteriores.

Recogimiento —con un certero estudio introductorio de Fernando Ortiz y con una estupenda y amplia bibliografía preparada por Mª Teresa García Galán— es, pues, la historia de esa voz que, atendiendo siempre a su verdad, entronca con una línea que, sin salir del XX, viene del Modernismo y de los poetas del 27 (sobre todo Aleixandre y Cernuda) y que llega hasta algunos de los más jóvenes de este principio del XXI.

Francisco Ruiz Noguera

Carlos Edmundo de Ory
Cuentos sin hadas

Cádiz, Col. Calembé, 2000

En cierta ocasión le preguntaron al pintor norteamericano Whistler, considerado por muchos el principal exponente de la pintura impresionista en Estados Unidos, cuánto tiempo le había llevado pintar uno de sus nocturnos y respondió: "toda mi vida". Esto mismo debe entenderse de un modo literal con respecto a estos más de 50 relatos reunidos en más de 50 años de la actividad creadora de Carlos Edmundo de Ory: en cada uno de ellos ha dado su vida, toda su vida a cambio de la obra. Si el arte de narrar es el arte de la duplicación, Ory nos presta sus lentes para ver en cada una de sus juventudes todas las historias del mundo –sean de misterio, de perturbación, de sueño o de insomnio- tejidas con la trama de nuestra realidad. Estos Cuentos sin hadas, más intuitivos que teóricos, mágicos y plurales, tienen la estructura de un oráculo: nosotros estamos ahí para recibir cada relato, pero hasta el final no comprendemos que esa historia es la nuestra y que define nuestro propio destino.

En ellos hay, sobre todo, poesía frente a la rigidez, frente a lo inerte, frente a lo anquilosado; la gracia como rechazo de lo mecánico de la vida; el libre albedrío ante lo reaccionario, contra lo repetitivo, contra lo aburrido del mundo, el juego siempre presente, la sensación de que al abrir sus páginas accionamos no sé por qué inefables mecanismos la inteligencia y la imaginación, la verdad del sentimiento, la ilusión, el sueño, la utopía necesaria y absurda de un lenguaje sin desviación y sin defecto.

Aquellos espíritus adorables que habitan el corazón de los vivos son los protagonistas de estas historias. En ellas no respiran las hadas de la lógica que pretende explicar el mundo al margen de la poesía, la única razón que puede salvarlo todavía destruido como está por la razón científica, la razón técnica y por la razón política. En ellas la intuición de un orden

maravilloso y secreto sirve para expresar el modo en que "la incalculable y enigmática realidad" debe obedecer a la necesidad del arte.

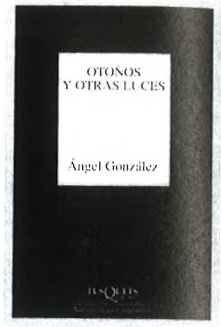
Pues aunque si se mira de una manera práctica pudiera resultar completamente inútil, la función de la literatura en todos los tiempos ha consistido en alimentar la imaginación, en permitirnos ver, al colocar las piezas en correspondencia con las operaciones recónditas de la magia y del sueño, lo que no hemos visto por pereza e incapacidad. "La visión instantánea que nos hace descubrir lo desconocido en el corazón mismo de lo inmediato"

Sólo el que conoce, como Carlos Edmundo de Ory, profundamente las reglas puede transgredirlas y crear nuevas formas en el arte. Este medio siglo de creación, en esta faceta menos conocida de su escritura, debe servir, cara a las nuevas generaciones, no sólo para descubrir a un autor imprescindible sino también para, a través de su lectura, ejercitar la admiración y la reconciliación con la literatura más pura, con ese extraño arcaísmo de contar historias gracias al cual el ser humano ha sobrevivido. No tiene nada de raro que así suceda, pues como nos ha dicho Augusto Monterroso, "las leyes del mercado son inexorables, y no somos los escritores de cuentos, ni los poetas –hermanos en este negativo destino- quienes vamos a cambiarlas. Pero, como decía el Eclesiastés, refiriéndose a la Tierra, generación va y generación viene, mas el cuento siempre permanece".

José Manuel García Gil

Ángel González
Otoños y otras luces

Barcelona, Tusquets, 2001.



Fue el propio Ángel González (Oviedo, 1925) quien, en el prólogo a su autoantología *Poemas* (1980), explicó que su voz, a partir de unos temas constantes (la problemática del sujeto inscrito en la historia, el tiempo y el deseo), surgió del existencialismo (*Áspero mundo*, 1956) para adscribirse luego (desde *Sin esperanza, con convencimiento*, 1961, hasta *Tratado de urbanismo*, 1967) a la poesía social tal como la cultivó su generación, que se diferencia de la anterior en que no concibe la poesía como forma simple y directa de comunicación sino como forma compleja de conocimiento que se vale de la ironía para burlar la censura y distanciarse de la propia subjetividad. Si hasta aquí había confiado en el poder de la poesía para incidir de alguna manera en la realidad, luego le sobrevino una crisis de fe en la eficacia de la palabra que le llevó, en la época del tardofranquismo (y de los novísimos) a una poesía (o "antipoesía") mucho más irónica, paródica, humorística, que experimentaba con el apócrifo (aunque lejos de esteticismos delicuescentes y de irracionalismos surrealistas) como si necesitase jugar con lo que antes se había tomado tan en serio (y que sin duda aún le preocupaba seriamente). Esta actitud presidió sus libros desde *Breves acotaciones para una biografía* (1969) hasta *Prosemas o menos* (1985),

pero el poeta se dio cuenta de que en ellos estaba ya el germen de lo que (siguiendo a Víctor García de la Concha) definiría su siguiente y tercera etapa: un tono elegíaco relacionado con la circunstancia de la vejez. Este tercer ciclo, iniciado con *Deixis en fantasma* (1992), es el que de momento culmina en *Otoños y otras luces*, un libro anticipado en sucesivas antologías: *Luz, o fuego, o vida* (1996), *Lecciones de cosas y otros poemas* (1997) y *101+19=120* (2000).

Si comparamos los diecinueve poemas que aparecían en la sección de "Inéditos" de *101+19=120* con el diseño definitivo de estos *Otoños...*, salta a la vista que el poeta ha prescindido de los más humorísticos y cívicos (los de "Fragmentos" y "Papeles viejos") para vertebrar una meditación sobre la vida ante la perspectiva del acabamiento, retornando a sus primeras lecturas simbolistas (Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez) en un libro que gravita en torno a la imagen del otoño, cifra y paisaje de un alma consciente de la inminencia del final.

Más allá de la belleza de los poemas, destaca en *Otoños...* la construcción del conjunto en cuatro partes que diseñan una peripecia con sentido. En primer lugar, los siete textos del apartado "Otoños" establecen el punto de partida del sujeto poético, que vuelve a ser (como en su primera etapa) claramente autorial: una percepción del declive vital ("ha pasado/ un ángel/ que se llamaba luz, o fuego, o vida./ Y lo perdimos para siempre"); una sensación de confuso naufragio en un tiempo circular que le viene de lejos ("Con un escalofrío repentino,/ y temor, y nostalgia,/ evocamos entonces/ la verdad fría y desnuda de un invierno/ no sé si ya pasado o por venir"); un estado de desamor y tristeza; un desolado sentimiento de vacío ("Como si al mundo entero/ una nevada súbita/ lo hubiese recubierto/ de silencio y blancura"). A partir de aquí, sin embargo, la constatación del ocaso se mezcla con la afirmación de un resto de vida ("piadosa moratoria que la tarde concede/ a la débil penumbra que aún me habita") y un poso de memoria: en principio memoria "de días más luminosos y clementes", pero enseguida machadiana evocación de "un gris galgo de frío" que es la quintaesencia de un tiempo de guerra y de posguerra nunca olvidado. El final de esta primera parte insiste en el sentimiento de alienación con acentos inequívocamente juanramonianos:

Quién es el que está aquí, y dónde:
¿dentro o fuera?
(...)
Qué lejos siempre entonces ya de todo,
incluso de mí mismo;
qué solo y qué perdido yo,
aquí o allí.

A continuación se abren dos apartados que bien podrían significar, en el centro del libro, la iluminación del sentido profundo de la vida (y en esto la estructura del poemario guarda afinidad con el *Cuaderno de Nueva York* de José Hierro): de una parte, la pasión amorosa, condensada en los diez poemas de "La luz a ti debida"; de otra parte, la amistad constante más allá de la muerte, simbolizada en las cinco "Glosas en homenaje a C.R." -Claudio Rodríguez-. "La luz a ti debida" enriquece la poesía amorosa de Ángel González con una historia (real o inventada, lo mismo da) que ilumina (con su juego, su ternura, su arrebato, su dolor, su

melancolía) el significado del deseo de un hombre mayor por una adolescente:

Quise mirar el mundo con tus ojos
ilusionados, nuevos,
verdes en su fondo
como la primavera.
(...)
Y fuiste tú la que acabaste viendo
el fracaso del mundo con las mías.

Tras este esfuerzo por retener las últimas luces del deseo en un afán de lustración ("mientras aún es posible,/ mírame mirarte;/ mete todo tu asombro/ en mi mirada"), el homenaje a Claudio Rodríguez es un hondo perfil de quien para González significa también la perenne capacidad de asombro ante la maravilla del mundo, el afán de alentar en todo lo bello, luminoso, libre y puro. Y, aunque ese afán estuviese condenado a la desposesión, queda incólume en la palabra poética, "salvadora y salvada". De algún modo, toda la aventura de la poesía española del siglo XX se resume en este libro que se abre con acentos simbolistas ("Otoños"), sigue con un homenaje al 27 a través de Pedro Salinas ("La luz a ti debida") y aterriza en la propia generación del 50 (puente con la última poesía de la experiencia) a propósito de Claudio Rodríguez.

El libro se cierra con una cuarta sección, "Otras luces", que enlaza con la primera (premonición de la muerte) pero transmutada por la segunda y la tercera (memoria viva del amor), de manera que lo que en ella se afianza es una apuesta por la esperanza en un paisaje presidido por el amanecer: "Alba en Cazorla" es un canto a la luz después de la noche, pero no a la luz de un problemático más allá, sino a la que emana del mundo:

Enigmática luz, tan clara y pura
que tan sólo se ve en lo que desvela.
¿De dónde viene ese esplendor creciente?
No es aún la luz la que ilumina al mundo;
el mundo iluminado es quien la enciende.

"Viejo tapiz" trae la memoria de la infancia "que corría/ tal vez hacia el espacio luminoso/ que urdían incansables/ las obstinadas manos amorosas" en un tiempo donde la tristeza estaba entretejida con la esperanza. "Aquel tiempo" dialoga con el poema anterior introduciendo un matiz de culpa y autodesprecio: a cambio "del más puro/ amor forjado/ en el dolor y la desesperanza", lo que hay hoy es un "envoltorio de bisutería", una alegría degradada, pagada con "las más sucias monedas: la traición, el olvido". "Versos amebeos", como su título insinúa, es una secuencia dialéctica: en versículos amargos y violentos que evocan los de *Hijos de la ira*, el sujeto poético cuenta primero los insomnios y pesadillas del remordimiento y el miedo que huyen de la luz, pero en la segunda parte se desdice para celebrar, con acentos de oración mariana, la luz del día:

Hágase hoy en mí tu transparencia,
sea yo tu claridad.
Y todo vuelva a ser igual que entonces,
cuando tu llegada
no era el final del sueño,
sino su deslumbrante epifanía.

Finalmente, el poeta que tanto había glosado a Heráclito descubre una perspectiva radicalmente diferente en "Dos veces la misma melodía":

Tranquilo, corazón, en tus dominios
-así como lo oyes-,
lo que fue sigue siendo y será siempre.

Éste es quizá el clímax de *Otoños y otras luces*: un clímax que canta a la permanencia esencial en un punto en que los círculos del tiempo (pasado, presente, futuro) convergen prodigiosamente armonizados. Es ésta una experiencia de plenitud análoga a la de T. S. Eliot en sus *Cuartetos*, a la de Juan Ramón Jiménez en *Espacio*, a la del Hierro de *Cuaderno de Nueva York*, si bien Ángel González la recrea en términos personales (lejos del panteísmo egocéntrico de Juan Ramón, de la cadencia oracular de Eliot, de la crispación pasional de Hierro), con un tono acaso epicúreo que atempera la sacralidad del misterio con un acento humanamente, modestamente subjetivo. O, como decía Luis García Montero, con la voz "de un personaje moral cómplice y tierno". *Otoños y otras luces* se cierra en "Aquella luz" con un retorno a los últimos días del verano en que se inició esta meditación de una manera circular pero abierta: abierta a una esperanza que no es fe, sino humana voluntad de sobreponerse al miedo, a la angustia, a la nada, mientras quede una posibilidad de luz, de deseo, de vida:

Aquella luz que iluminaba todo
lo que en nuestro deseo se encendía
¿no volverá a brillar?

Hermoso libro éste de Ángel González, tan sobrio y delicado en la palabra que desenvuelve con difícil sencillez su honda reflexión sobre el tiempo cuando se acaba el tiempo pero aún fluye esa voz cálida y cercana que hace verdad de nuevo el verso de Eliot: *sólo en el tiempo se conquista el tiempo* (la más alta virtud de la poesía).

Ana-Sofía Pérez-Bustamante Mourier

Juan de Dios Ruiz-Copete
Julio Mariscal: El poeta y su obra
Diputación de Cádiz, 2000

Allá por noviembre o diciembre de 1999 vino a ve rme una tarde fría de domingo. En aquella sala de hospital, aséptica y altísima, me dio el abrazo que nos damos la gente de Arcos cuando nos vemos fuera de nuestro pueblo, se interesó por mi salud –a eso venía- y me regaló una novela de Benjamín Prado.

Juan de Dios Ruiz-Copete tiene un hablar pausado y algo triste, una voz lenta y lastimada pero cordial, amable, cautivadora y sincera. Se le nota en la voz que es un hombre que ha mentido muy poco en su vida. Juan de Dios y yo hablamos y hablamos, sin parar, avaramente, mientras la tarde se apagaba tan demasiado pronto por culpa de la época del año, época de postrimerías y amagos de villancicos y caridades oficiales. Hablamos de Julio Mariscal, lógicamente, y me contó ilusionado que ya había terminado el libro sobre su vida y su obra, que ya estaba el texto en Diputación y próximo a salir. Es emocionante ver a un hombre de setenta años ilusionado, y yo, aunque no

estaba para muchos trotes, compartí su alegría y me acerqué a él más que en todas nuestras anteriores entrevistas.

A Juan de Dios le debemos mucho porque nadie ha hecho más por Julio Mariscal después de su muerte. Los que amamos a Julio no podremos pagarle nunca aquella Antología que publicó en 1978 en la Universidad de Sevilla, que anduvo de mano en mano entre los adolescentes de la época y que nos acercó versos que no conocíamos y que se encontraban en libros agotados, en bibliotecas selectas e inaccesibles.

Ahora tengo en mis manos, por fin, *Julio Mariscal. El poeta y su obra*, y he rememorado aquella conversación de hospital y aquella ilusión en un señor mayor que vino a verme vestido exquisitamente, amable y educado. He leído el libro, un recorrido emocionante y emocionado por la vida de Julio Mariscal, que es lo mismo que decir por la vida de Arcos de mediados de siglo, puesto que Julio y Arcos, Arcos y Julio, son inseparables, indisociables. Ajeno a las erudiciones y frías disecciones, Juan de Dios ha recorrido la biografía y los versos de Julio con la mirada nada objetiva del amigo, del compañero de clase, del colega de correrías literarias, y ha logrado acceder a la entraña misma, al núcleo y centro de un hombre raro y desvalido, de un dandi en el más completo sentido de la palabra: muchos se piensan que un dandi es aquel hombre que sabe elegir las mejores corbatas y llevarlas con gracia; dandi es, también y sobre todo, aquel que quiere ser otro, que huye de sí mismo y se inventa un ser artificial, un yo traidor y artificial.

Como en aquella Antología de 1978, este nuevo libro de Ruiz-Copete va a acercarnos, de nuevo, la obra de Julio Mariscal. Yo espero que, como entonces nosotros, algún jovencito acabe enganchándose a los versos del poeta más grande de Arcos.

Ya tenemos un nuevo motivo de agradecimiento a Juan de Dios, un hombre que ha escrito acertadas páginas sobre la poesía andaluza y que una tarde vieja de domingo vino a hacerme compañía y a compartir conmigo unas horas de hospital. Estaba con nosotros mi hija Ángela, estudiante de Derecho, y como él es abogado, se enzarzaron en Códigos y artillerías legislativas. Cuando se fue, mi hija me dijo:

- Qué hombre más amable, papá.
- Sí, hija. ¿Te has dado cuenta de que no habla mal de nadie?
- Es verdad...
- Pues eso es rarísimo, hija. Eso, en la abogacía, es rarísimo. Y en la Literatura, claro está.

Pedro Sevilla

Sebastián Rubiales
Del viento al infinito
Valencia, Pre-Textos, 2000

No está muy claro si la naturaleza pone lo mejor de sí misma en saltarse a la torera sus propias leyes buscando lo sobrenatural o si somos sus humildes inquilinos los que andamos continuamen-

te ilusionados mirándola de reojo a la espera de que se desencadene con efectos inesperados y prodigiosos. Sebastián Rubiales aprovecha esta circunstancia para urdir *Del viento al infinito* y no le hacen falta ajetreos mayores que el viento de Levante, esa locura transitoria de la naturaleza, para echar a andar una novela en la que los personajes se mueven con notable desparpajo por los terrenos del asombro y la diablura, la intriga y el desafío, en lances que la buena literatura sabe contar en el idioma de la naturalidad y la mala sólo logra traducir al abstruso lenguaje del artificio.

No hay que avanzar demasiadas páginas para verificar que en este libro hay afortunadamente mucho más oficio que artimaña, desde la propia elección, como escenario principal, de una geografía tan cercana como es La Florida, elección con la que el autor renuncia a ese recurso, muy frecuente entre escritores desmañados, que consiste en acudir a regiones remotas ya mitificadas por otros para evitar el esfuerzo de desentrañar la grandeza oculta en lo vecino.

Así, entre altramuces y cabañuelas, desfilan por sus páginas unos cuantos personajes (bueno, unos desfilan, otros dan tumbos y otros parecen levitar), desenvolviendo una historia que permite a Sebastián Rubiales, entre otros aciertos, esparcir deliciosas conversaciones de taberna, fugaces flirteos de varia intención y algún rastreo de vidas y libros inciertos, para al final trenzarse hábilmente un argumento que, con piezas tan valiosas, casi podría haber sido cualquiera.

A Sebastián Rubiales le gusta filosofar y lo demuestra en algunos de los fragmentos más sabrosos de la novela. Aliviado de toda pedantería, pone en boca de sus personajes, de esos personajes que aún frecuentan tascas y barberías, reflexiones de buen tono, de altos vuelos y de interlocutor pasmado, entre las que me quedo con el método que Isaías Reyero plantea en la página 68 para liquidar los pecados capitales, una exposición que habría hecho las delicias del mismísimo Spinoza pero que al cura que tiene que escucharla a punto está de sacarle de sus casillas y de hacer que acabe el capítulo en reyerta.

Pero como la cordura, para resaltar, suele hacerse escoltar por el desvarío, la trama también se salpica con delirios muy de agradecer, como los del librero judío que, tras enfrascarse en "El Tratado del Templo de la Luz Dudosa", se sorprende a sí mismo hablando con soltura lenguas de las que hasta la fecha no había tenido siquiera noticia.

Seguramente tras leer *Del viento al infinito* ya no reconozcamos el mismo paisaje al pasar por La Florida ("ese lugar en el que el tiempo se disfraza de presente", que no es frase de Carpentier, sino de Sebastián Rubiales), porque en este libro el realismo sólo atiende al lado más sugestivo de la existencia y lo mágico consigue que nos atrape antes el encanto que el engaño.

Fernando Taboada